

tos de Eduardo Galeano y Barnet, tales como *Días y noches de amor y de guerra* y *Biografía de un cimarrón*, respectivamente.

Juan Ramón Duchesne

Barrientos, Raúl: *Reino de la noche*, México, D.F., Editorial Oasis, 1982. (*Ediciones El Fakir*).

Este joven poeta chileno, portavoz del sur de su país, y del hombre de la mina y del mar, no se siente atraído por el espejismo del remanso sino por un destino común que lo incita a crear una poesía llena de vértigo y pasión. Incorporáse a la más radiante línea de la poesía chilena y latinoamericana, con impaciencia y henchimiento: brinda un aporte originalísimo por su intensidad dramática y el duro y decantado bagaje de sus recursos expresivos. ("un negro con las rodilla en la tierra remueve las espigas del ladrillo") Cristaliza la poesía con la seguridad de quien ha sometido su vocación poética al ejercicio tenaz de la búsqueda de aquello que acumula el hombre para ser digno de su destino histórico. Adéntrese, con tamaña pericia, en el meollo del idioma, en sus raíces más asperas, valorizando a Quevedo y al habla popular del Chile austral, con sus arcaísmos y barbarismos y fraseo de acendrada sutileza, hasta que el poeta forja su propio, riguroso y fértil intralenguaje poético.

Por necesidad de filiación más que de identidad, se le podría entroncar, lejanamente, con Pablo de Rokha y Vallejo. De ambos tiene sustancia terrestre, solidaridad pura, y el sabor de las palabras táctas o decididamente penetrantes, a trueque de subvertir lo poco que queda en poesía de la "oración" gramatical. ("arenas del santo desierto o las golondrinas en fuga al sur los pelitos pelos") Barrientos integra una pléyade de rastreadores del oro de la lengua, en diversos países latinoamericanos que por dispares vías de expresividad, están ahondando el castellano, recuperando lo primigenio, dándole giros, cambios cualitativos, y sobretodo, vigorizándolo. Así la poesía cumple una de sus funciones fundamentales: transfigurar la lengua, despertar sus gérmenes dormidos, po-

tenciar las palabras para que ellas irradian y para que revelen lo que se encuentra más allá de ellas mismas.

Barrientos ha alcanzado un "espectro" verbal, de suma desnudez, con énfasis concretos y esenciales, al margen de ampulosidades, juegos metafóricos o esqueletización. La palabra rotunda crea su campo magnético, y es algo más que un medio de expresión o comunicación. Con una construcción agresiva y una cadencia explosionada, sus sustantivos, por ejemplo (que predominan más que los adjetivos y verbos), parece que no se grabaran sino que se esculpieran. Atiéndase bien: no es virtuosismo lingüístico; es el impacto emocional, la intuición herida, es la reacción ante el encarnecimiento contra la persona humana. Es "la fuerza de la ira". Si el verbo resulta crispado y descoyuntado, ello se debe a que así se encuentra el hombre. Aquí rotundamente nos apartamos del "new criticism" o del estructuralismo ortodoxo que parten del poema "autónomo", desligado de toda referencia a lo psicológico, social y cultural, y que culminan, en la interpretación textual, con el predominio de los significantes sobre un sentido sin mayor trascendencia.

El primer poema del libro termina: "hasta la chorreadura roja de muertos - anocheciendo - chorreadura roja de muertos". Ha de advertirse el juego de las "ch" con las "rr", la terminación en "dura" y la alucinante reiteración del verso. Podría señalarse cierta tendencia en la poesía chilena, desde Pezoa Véliz, por acoger vocablos toscos, rudos, "prosaicos", rugosos en reacción contra lo exquisito del modernismo.

Si en cada poema de Barrientos se hace manifiesta la evocación de la "tierra sureña", él siente la necesidad de poner de relieve la dimensión histórica de su pueblo. No se apoya en mitos, ya que en Chile sólo restan fragmentos, ni en leyendas; tampoco apela a historiadores que aplican criterios racionalistas en la clasificación de los acontecimientos, sino a aquellos narradores y cronistas de la época colonial que escrutan sucesos de la vida cotidiana y dan testimonio del martirologio de los indios. El título del libro y los diversos epígrafes prueban

el respeto y la admiración que siente Barrientos por quienes han descrito —en un estilo tan veraz e iluminado— torturas y masacres. Evidentemente, tales crónicas no permanecen estáticas como preciosos documentos del pasado; se dinamizan, y por virtud del poeta, son aplicables a la época actual: psicológica y socialmente, indios y negros, arrastrando una vida lacerante, se han extendido por miles de millones en todo el mundo, no sólo las etnias históricamente indicadas, sino otras, víctimas del hambre y la explotación. El poeta se convierte en el vigía del “tiempo menesteroso” que vivimos. Por ello escribe con dolor, espanto y cólera; con “el vértigo arrollado en el vientre” y “los tambores atávicos de la madera”. Libro más agonista que agónico, sin resignación ni mansedumbre, ni acatamiento. El poeta tiene el espíritu abierto hacia “la trasmutación angélica del pie que ausculta la tierra”.

Algo de tragedia antigua hay en su creación y algunos poemas —por la rotundez de los personajes y la escenificación— recuerdan el “teatro de la crueldad”. (El fue Director del Teatro de la Universidad de Concepción). Soy un convencido de que la prédica de Artaud puede dar lugar a un enriquecimiento, todavía insospechable, en el proceso, siempre dinámico, de la poesía moderna. Por ejemplo. Barrientos no produce un poema gratuito, flor del aire, sino un poema obsesional, una catarsis, una conjunción de fuerzas manando de la sangre y de la muerte, una visión opaca y aterradora. Valéry dice: “El poema es el desarrollo de una exclamación”. En este caso, la exclamación es un grito ancestral, un grito que contiene, comprimido, el más profundo silencio. (“late el silencio - del polvo movedizo - que ordena la marcha familiar”).

Conforme a su don de síntesis simbolizadora, el poeta crea: a) un verso de tipo expresionista, por la violencia, a veces brutal, de los trazos con que presenta una realidad desgarrada, y por la representación, marcadamente visual, de la situación que significa; b) un verso quebrado, disonante, abrupto, con secuencias breves, tenaces, ritmos dislocados; c) un verso visionario, apocalíptico, que recuerda a ciertas pintu-

ras medievales o a fragmentos de film, con planos interpenetrados, distorsiones simultaneismo, colores simbólicos, y enfoques profundamente emocionales.

El “Dies Irae”, uno de los poemas más extensos y mejor elaborados del presente libro, se desarrolla con palabras iniciales que se despliegan a manera de sentencias, y que definen versos, aparentemente independientes, pero todos ligados dentro de un clima común, del sentimiento primordial que inspira al libro. Me atrevo a decir que esta “ira” es positiva porque proviene del furor divino mítico y porque es el estallido volcánico de aquella conmoción que expresa la justa rebelión humana. Sustancialmente, el poema está escrito sobre la base de oposiciones violentas entre factores benéficos y generosos y factores destructivos y demoníacos. Por ejemplo: “una paloma destrozada en el fondo de una guitarra”, “un ruido de jabón hirviendo por las calles”, “un apaleo de olas sobre la arena”. Nos recuerda lo bíblico, lo misal, o algún poema de Breton. En todo el libro encontramos el eco de una extraña “oralidad”. Considero que este poema, para su plena captación, exige la lectura oral.

Raúl Barrientos se impone con su presencia súbita, su fuerza innovadora, su ricio lirismo, su fe en un humanismo renovado. Nuevamente aquel lejano sur nos envía un mensaje poético exaltante y pleno de significación humana.

Merece toda nuestra adhesión y simpatía, el profesor Luis Mario Schneider, quien ha afrontado una empresa dificultosa, pero amplia en posibilidades, al inaugurar una colección de poesía en que da especial cabida a los jóvenes. El dibujo de Mario Toral es una magnífica muestra de la colaboración que ha establecido entre pintura y poesía, cuando ésta le proporciona aquel crepitar de fuego, inherente a su gran obra.

*Humberto Díaz-Casanueva*

Cedrón, José Antonio: *De este lado y del otro*. México, Editorial Penélope, 1981, 74 pp.

Nacido en Buenos Aires en 1945, J.A. Cedrón ha publicado *Manifiesto de la san-*